

Marko Pogačar

Latinoamericana

Traducido por Pau Sanchis Ferrer

EN VELA EN CANCÚN

Tuve un sueño en el que, en mi propia agonía o en la de cualquier otro, prometía a alguien que algún día, cuando las lluvias escamparan y las nubes ligeras presionaran a los árboles frondosos, como las acciones verbales a las oraciones crípticas, en vez de a Comala iría, a toda costa y sin falta, a Cancún. La promesa fue pronunciada en un espasmo, y recibí con un inmenso alivio el momento en el que esa vigorosa y muda tensión muscular —propia o ajena— como por arte de magia, fue arrastrada por un silencio mortal todavía más pleno y casi tierno. Afirmo: todos nuestros días no bastarían para describir el horror de Cancún, una ciudad muerta. Esa amplitud, ese campo de supina estupidez, de cristal y de sueños, la fantasía de ser por un instante quien no eres, embutido en un bañador y bronceado, la interminable y falsa extensión de ese gélido horror martilleaba mis sienes cuando me sacó de la pesadilla un aviso dirigido sin duda alguna a nosotros: los pasajeros del avión a Cancún, apretujados en un Boeing operado por una compañía de bajo coste. Aunque estábamos a mediados de enero, desde la arena y el asfalto subían corrientes de aire caliente que enturbiaban la atmósfera, mientras los rayos de sol del crepúsculo refractaban y daban a la escena un incómodo color rosáceo. Bajo la panza del avión se extendían apretujados y ardientes banales de resorts, urbanizaciones, salones de masaje y pedicura y tejados de bares, cortados verticalmente por hoteles cuyas ventanas también reflejaban el tedioso aterrizaje, alargándolo y multiplicándolo aparentemente hasta el infinito. Me apetecía un vaso de agua, pero no había. Me apetecía volver a dormirme ya.

Allí estaba yo, muy tierra adentro, en esa parte de la ciudad desde la que salen los autobuses en los que huir y donde el océano y los suvenires de madera recogida del mar parecen indescriptiblemente extraños, apoyado en el mostrador de la recepción hablando con Inés. Antes de ella, había habido otras dos en mi vida. La primera, en cuya tez había algo de gitano, algo que, en mi más tierna infancia, por un hechizo inescrutable, me impedía decirle *No*, desapareció de mi día a día antes de cumplir los siete, aunque desde entonces me la encontré de vez en cuando, hasta olvidarla por completo. La otra era, y sigue siendo, aquella Décima musa, el fénix de México; la palabra poética encarnada en un peso pluma, el cuerpoapestado de Sor Juana Inés de la Cruz, la milagrosa hija del barroco, un barroco en cuya esencia perdura también algo claramente gitano. Entre yo y la Inés recepcionista del motel que olía a cloroformo y chinches, se extendió la vigilia de

un continente, una noche inexistente que me molestaba como una piedra en el zapato y a la vez me atraía como un imán. Desde la cocina, disfrazada de olor a café y tacos, llegaba una promesa de futuro, mientras que, en el presente, todo lo que se apropió la grieta herrumbrosa del pasado, llevaba el inevitable e inalcanzable olor del sudor de Inés.

Esta última, *mi auténtica Inés*, podía decir poco o nada de cualquier cosa. Nunca había estado en Comala, ni jamás quiso ir allí, ni siquiera cuando se casó su primo Ramón, en el penúltimo Día de la Constitución. “Pero con alguna pinche tacaña de Comala, tacaña como solo pueden serlo las de Comala, a lo único que tienen en abundancia es el calor abrasador, las cabras y las piedras”, dice, por lo que a ella respecta, sería mejor que se hubiera quedado aquí, en el confín de Yucatán y del mundo, en la casa de su madre. Ya era casi mediodía, el sol cenital desconchaba capa a capa el enlucido cada vez más pálido, y la omnipresencia de una poderosa luz cada vez más blanca hacía que cualquier idea del sueño pareciera caprichosa. Compré un ejemplar de *La Crónica de Hoy*, me sequé el sudor de la frente con un pañuelo y medio susurrando repetí lo último que me había dicho Inés: “olvidate de la estúpida Comala, allá los primos se casan entre si, y dicen que por hacer eso a la gente le sale rabo”. Me monté en el autobús rojo de la compañía ADO con destino a Tulum.

Anochecer en Tulum

Hay pueblos que apestan a desdicha. Sin embargo, algunas desdichas arrastran consigo, como un sello estampado sobre la piel, un evidente olor a pueblo, un mal olor que casi se puede ver. También están aquellos cuyo cadáver descompuesto desprende a su alrededor el pulso de la diversión, una plaga que oprime a la humanidad fingiendo una cualidad cuestionable en general, desmitificada por varios vademécums médicos y aún inalcanzable, conocida como vida. No es extraño que a cada ciudad grande o pequeña, sobre todo a aquellas cuya noche clavada en el cielo sujetan los remaches dispuestos en forma de constelación de la Cruz del Sur, la delate un olor compuesto de la combinación de las categorías ya nombradas, en todas las mezclas y proporciones posibles, a veces incluso estratificadas en el tiempo; apuntando hacia un irreal *antes*, mientras que el propio olor, con sus vigorosas manos insomnes, teclea como un telegrafista loco el certero *más tarde, después*. Por supuesto, Tulum era, no es necesario subrayarlo, uno de esos pueblos.

Por 170 pesos llegué, en un autobús rojo en el que sonaba una ranchera, al pueblecito del estado federal de Quintana Roo, uno de los últimos que levantaron los mayas y que luego abandonaron tan rápido como huían, acechados por la espada flamígera de Juan Díaz de Sevilla, un malvado dios blanco que temblaba de ron y oro. La voz aterciopelada y suave pero penetrante de Vicente Fernández Gómez, el rey de las rancheras, más conocido por el mote de Chente, emanaba de debajo

de un bigote negro y retorcido, como si hubiera sido untado con betún para zapatos, rebotando sobre las estampitas de santos pegadas al parabrisas del conductor; dando vueltas como una plomada borracha, alrededor del cuerpo desnudo del Salvador, que a su vez giraba en círculos concéntricos alrededor del eje del retrovisor, rozando después el tupé pegado con brillantina del conductor, para calmarse por fin, como una bala felizmente perdida, en la puerta chirriante de la estación. La puerta conducía directamente a la avenida de Tulum, una calle que parecía sacada de una película del Lejano Oeste, solo que mucho más colorida y en realidad bastante tranquila. Abrí el periódico por la penúltima página y busqué el pronóstico; el intenso solecito amarillo se correspondía perfectamente con el del cielo. El calendario lunar, por su parte, anunciaba que esa misma noche había un eclipse completo e irrevocable.

La ciudad de los mayas, un descampado de palacios en ruinas, templos por cuyas escaleras corrían ríos de sangre caliente y casas indescriptibles en las afueras de la ciudad actual, también era una ciudad muerta, pero de una manera completamente diferente, mucho más literal. Sin embargo, el viento todavía vivía entre las copas de las palmeras, y el pueblo de iguanas reinaba, tranquilo como si sorbiera café en una cantina de la calle Mercurio o paseara por el parque Dos Aguas, liderado por sus caciques, en medio del relato de un desastre. Unas turistas bávaras con la espalda quemada hojeaban novelas baratas y mojaban trozos de mango verde en la sal, mientras los megalíticos bloques de piedra se desmoronaban bajo el mazazo del sol y se convertían en polvo, inesperadamente católico. Dejé tras de mí el Templo de los Frescos, mientras mis ojos, aturdidos por el exceso de luz, se acostumbraban al exceso de océano. Me desnudé, porque era mejor estar desnudo cerca de la muerte, y me sumergí bajo la superficie turquesa.

Allí abajo, en las suaves profundidades, nadaban rayas gigantes, peces de colores y tortugas nacidas en tiempos de mi padre; ciertamente en una época más feliz, mejor tanto para las tortugas como para los humanos. Los gráciles movimientos de las rayas recordaban, además de a los giros y las piruetas de Nijinski en *La consagración de la primavera* o en *La siesta de un fauno*, a los versos lentos y ondulantes de Butler Yeats, combinados con un poco de la severidad de Góngora: *Entre los niños del colegio* que, quizás fatalmente, desde un rincón oscuro encuentran y sodomizan las *Soledades* eternas. En el subtexto palpitaba un toque de la mística de Angelus Silesius. Las tortugas se movían menos terriblemente por el azul, se parecían más a un motor de cuatro tiempos que se tambalea lentamente. Su charla telegráfica evocaba los versos del empleado de correos August Stramm, confrontados con las descripciones de animales también breves, si bien mucho más abstractas, de Vasko Popa. Llamé Pedro a cada tortuga y a cada raya, por mi padre, a quien buscaba.

Cuando salí a la superficie ya era de noche. Aún viva, la rueda amarilla de la luna iluminaba la podredumbre de Tulum, mientras los perros le ladraban. En el bar Apellido pedí un doble Pelotón

de la Muerte y una Victoria tibia, y en seguida otro mezcal y otra Victoria. En el cielo, obviamente, hubo una rebelión de la noche original, una noche en la que la luz pierde su último bastión tangible, un levantamiento de las tinieblas que, esta vez fuertemente armadas, seguramente llegará algún día. La sombra negra del planeta prevalecía paso a paso, mientras que, en el centro del cielo de Tulum, como una manzana de carbón, pendía solo un retrato realista del futuro enmarcado en un óvalo. “¡Ojalá hubiera un ascensor para subir allí! ¡La luna es un podio donde poetas europeos torpes y perdidos intentan bailar salsa!”, dijo Lotte, una holandesa con una pulsera de caracolas en el tobillo, moviendo el esqueleto al ritmo del tecno. “¡Vamos!”, dijo sin pensar, sin darse cuenta de que el eclipse se estaba volviendo permanente, que, de una forma u otra, todos los ascensores conducían, al final, al cadalso de ejecución.

Palenque, y la vida y la muerte

Sobre mí mismo, aunque como es comprensible me encontraba conmigo a menudo, podía decir entre poco y nada. Cabe todo en un breve párrafo; yo era un hombre calvo y barbudo de unos treinta y cinco años, nariz algo griega, alto y duro de oído, resuelto a escribir y a erradicarse tan profundamente como sea posible; que —el sintagma que sigue debe ser entendido de una manera total y radicalmente ideológica— abandona su hogar y su origen. Llevaba unos vaqueros cortos, zapatillas de deporte cuya punta perforaba una uña con una infección de hongos bastante avanzada, y una camisa de tela vaquera clara con botones anacarados, cuyas mangas demasiado remangadas, al tiempo que movía poco a poco las falsas Ray Ban de cristales demasiado oscuros, me desenrollaba a medida que se acercaba la engañosa noche mejicana. Yo iba bastante acicalado y estaba en posesión de un vicio o de un placer, sobre el que por ahora es mejor no decir nada. Arrugado por un viaje de doce horas en autobús y privado de cualquier pensamiento, así llegué a Palenque.

Aún no había amanecido y la marca de agua de la luna todavía era visible en la esquina del cielo que tenía reservada. Bajo la luz de neón hospitalaria, el empleado del quiosco de la estación vertía una dosis americana de azúcar a mi café americano, mientras los escasos viajeros se acurrucaban en sillas de plástico o pasaban la noche en vela con la mirada fija en la pantalla digital. El sueño no se había acabado del todo, y parecía bastante seguro que el tiempo de vigilia no había empezado. “Ya”, me dije, sin estar seguro de qué significaba exactamente ese *ya*. “Ya”, repetí al cuello de la camisa porque era evidente que era una de esas personas asustadas, abandonadas por dios; uno de esos tipos que se dicen *ya* a sí mismos. Una mujer obesa con un vestido estampado de flores lamíó ávidamente un sello, y con una indescriptible mueca de disgusto, entregó la tarjeta a la sólida oscuridad postal.

“Parece que aquí nunca va a amanecer”, dijo. Las últimas sílabas aún resonaban en la mortecina sala de espera mientras su mano bronceada y tatuada levantaba sin esfuerzo la enorme mochila. “Vamos a buscar el desayuno”, dijo, y por un momento me pareció menos desesperado que una resignación interminable; un *ethos* que ya me había abrumado por completo últimamente, apretado en esa tímida palabra. Diez minutos después, los vendedores de setas psicoactivas distribuían sus mercancías disfrazados de mariachis y de anuncios de la Lotería Nacional, mientras Palenque se despertaba lentamente con la primera telenovela en las terrazas de los primeros bares y los perros se desperezaban y renqueaban hacia los primeros huesos que les echaban. Gente bigotuda y con grandes ojos melancólicos vagabundeaban por las calles como sombras. Compartimos una ración de huevos rancheros y Hannah, la camarera canadiense, decidió, aliviada por mi muletilla, derramar, a través del café y algunos zumos frescos, toda su vida hasta hoy en New Brunswick, toda su nieve, sudor y lágrimas; la suma de las lágrimas del continente frío.

Aquí, en estas calles sinuosas, con los árboles de copas cuidadosamente recortadas, un indescriptible monumento al planeta y el llanto silencioso de Hannah, se acaba el Palenque vivo, y empieza su muerte, el himno silente de sus muertos. Aquí no hay Hannah, ni la densa locura del micelio, aquí no hay más sitio para *ya*. Esparcidos por la jungla hay pirámides, observatorios de estrellas olvidadas, tronos, templos de sangre y tiempo cubiertos de malas hierbas. Por el escenario serpentea un río cristalino de montaña, esparciendo palabras intraducibles, suspiros que parecen salidos de cuadros de Remedios Varo, que salen retorcidos de las bocas de las muñecas de Lola Cueto. Todo es demasiado grande, todo está demasiado perdido, demasiado muerto. Aún así, los precisos calendarios maya siguen funcionando en algún lugar del interior, como los relojes de la selva. Las raíces muerden la carne de la piedra. Y en las catacumbas, como si Indiana Jones cayera lentamente en un sueño profundo, vagabundean los rebaños de ovejas salvajes. Llamé Pedro a cada oveja y a cada cuervo, en honor a mi padre, de quien debo estar peligrosamente cerca ahora. “Ya”, dije al cuello de la camisa, mirando fijamente a una figurilla de Predator que se parecía a Donald Trump de perfil. “Ya”, repetí mientras subía a la cima; cuando todo lo que estaba debajo de mí, cuando todo lo que alcanzaba la vista parecía arder.

San Cristóbal de las Casas, que se hunde lentamente

Avancé hacia el sur. Dejando Tabasco tras de mí y la selva guatemalteca en la zona del riñón izquierdo, recorrí el mapa de México, como hago siempre que me dirijo al sur, acompañado de una clara sensación de descenso, aunque en realidad estuve subiendo todo el rato. Me sentí como un cursor renegado en un mapa sinóptico que predice el destino final del tiempo, *time*, no *weather*;

me estremecí como la aguja de una brújula drogadicta. Junto a la piel de mi mejilla, pegada a la ventana de una camioneta blanca con la inscripción Bienvenidos a Tulum, aferradas al otro lado del vidrio, estaban las mesetas desnudas de Chiapas, rocas grises y marrones, y bosques de cactus que parecían un batallón de enormes penes rampantes. Toda la región recordaba a una sobredimensionada almohadilla de agujas, y yo a un calcetín perforado. Al conductor, cuyo cuero cabelludo calvo representó durante horas un espectáculo ante mis ojos, lo llamé Pedro, y me entregué al vicio del sueño.

El viento arrastraba latas y enrollaba colillas frescas por el aparcamiento polvoriento al otro lado del Mirador, el sonido de los tacones sobre la grava fina llevaba el ritmo disperso de los sonajeros, y el chirrido de las ruedas interpretó el papel del primer violín en la orquesta de salsa de Satanás. Por veinte pesos un taxista me llevó a un hostel en la Colonia 5 de Mayo, que no debe confundirse con la calle homónima, mucho más elegante, con sus villas coloniales de suntuosos patios interiores. El premio de consolación fue que la primavera siempre ha sido mi estación favorita, una estación en la que la naturaleza despierta y arden los fuegos de San Juan, como en las canciones gitanas o los versos de Wordsworth y Amy Lowell. Todo esto apenas me protegió de la dura noche de la montaña. Me puse todo lo que tenía y me quedé allí hasta el amanecer, contando los cientos de badenes que la camioneta, que serpenteaba por las carreteras sinuosas por pueblos cuyo nombre no recuerdo, destruyó esa noche mandándolas al ignoto infierno zapatista. “Buenos días”, me dije a mí mismo, justo antes del amanecer. “Buenos días”, dijo Paul en seguida, como si alguien lo hubiera enviado para salvarme.

Nacido en Berlín en 1946, se levantó de entre una montaña de escombros como un delgado bebé fénix, con humo saliendo de los cráteres de las bombas aliadas, cerdas de cinco toneladas con mensajes como *die pigs* y *here you go*, *Krauts* garabateados en acero liso. Su madre nunca se lo dijo claramente, solo lo insinuó sin mirarlo a los ojos, pero Paul fue el resultado de la violación masiva más grande en la historia de la humanidad, el resultado de uno de los miles de nacimientos que marcaron con un alarido una derrota y una victoria más ampliamente comprendida. Atribuyó a su padre, un soldado ruso de origen y rango desconocido, un amor por la música clásica y una inclinación por la *melancolía típicamente eslava*. Aprendió cien palabras de ruso en internet, por lo que a veces pone el himno soviético en Youtube y llora en silencio. Tuve que confesarme que, a veces, yo también derramo una lágrima cuando se trata de odas a una libertad distante y perdida hace mucho tiempo, y al mismo tiempo tengo que quitarle a Paul de la cabeza la idea de que, en este sitio, a partir de ahora y por los siglos de los siglos lloraremos juntos como dos eslavos. Por lo demás, desde 1948 ha vivido sobre todo en Estados Unidos, los primeros años en una base militar. Los últimos siete los ha pasado en una habitación de este mismo hostel de la calle Honduras, frente

a la barbería San Francisco y la Primera Iglesia del Nazareno, leyendo gruesos libros en papel fino que los viajeros dejan por allí y preparándose para regresar a Nuremberg, a casa, para estar más cerca, por fin, de los parientes, cada vez más numerosos, repartidos por la desértica Alemania. No sé si finalmente se dará cuenta de que, como dice la sabiduría popular, realmente en el regreso no hay nada. La noche siguiente, antes de despedirse, me abraza, me da unas palmadas en el hombro y para que pueda oler su olor cansado, me susurra en el oído un *Buen viaje* en ruso.

En ese momento, el sangriento atardecer sobre San Cristóbal ya está en decadencia, como una revolución joven que se desvanece lentamente. Todo lo que se desvanece debería brillar al menos una vez, sin embargo, repite el Subcomandante Marcos, Delegado Cero, mientras patrulla una de las aldeas autónomas cercanas antes de acostarse. Aquí, detrás del bosque mudo de mis costillas, sobre la ciudad, todavía se ve una enorme iglesia que se hunde en una oscuridad cada vez más espesa, una iglesia iluminada en el interior con luz de neón y adornada con flores de plástico, en la que reina un Cristo negro que recuerda a un príncipe travesti negro. Sin embargo, ninguna oscuridad es tan oscura como la oscuridad de la iglesia. Ninguna teología es la teología de la liberación.

Oaxaca, o sobre el cansancio

“¡Ohohohoho!” soltó una carcajada Pedro P., el conductor del autobús rojo de ADO, mientras frenaba chirriando, retorciendo con una mano su bigote que parecía el de Emiliano Zapata y sujetando ligeramente el volante con la otra. “Ohohohoho”, repitió ya más calmado, cuando el vehículo por fin se quedó parado en el sitio, como si se hubiera tropezado con las pupilas de Medusa petrificadas ante la vista de cuatro colegialas, también atrapadas en un uniforme blanco y azul, que habían decidido cruzar la calle. Yo, sin razón alguna, y solo para mis adentros, pensé: Neón. El neón es el que devora la oscuridad helada del cielo, el neón es el único que puede salvarnos. Luego, todavía en silencio, seguí repasando el catálogo de mis miedos, intentando a toda costa, al menos hasta que oscureciera de nuevo, mantenerme despierto.

De la brillante pantalla de plasma del rincón llegó —*bo bo bom bom*— la canción *Dr. Psiquiatra*, de Gloria Trevi, auténtica música mexicana, ingeniosa, inteligente y sobre todo apasionada —*bobobobo bom bom bo bom*— muy lejos de las épicas y dulces sagas sobre el cóndor peruano o de las idiotas canciones de reggaetón que sacuden las pistas de baile del continente, desde Puerto Rico hasta la Tierra del Fuego. A pesar de la contagiosa melodía y el ritmo que impulsaba las rígidas caderas, como persianas venecianas en los escaparates de las tiendas cerradas

o rejas en las ventanas de las cárceles, los párpados descendieron implacablemente sobre las oscuras ventanas del alma.

En la oscuridad seductora, pero todavía provisional, en esa pantalla de parpadeos lentos, duros y establecidos a corto plazo, tuvo lugar un festival de cortometrajes de un minuto, una especie de revista de cine de los dos últimos e insomnes días. El primer rollo presentaba un viaje aparentemente interminable por las montañas, rodando lentamente a través de altiplanicies parecidas a un paisaje lunar, cubierto de cactus que parecían órganos y yucas que parecían arbustos en llamas, mientras que por encima de nosotros, como la muerte en *La muerte de Artemio Cruz*, vigilaba la idea del final encarnado en águilas y carroñeros cebados. En el segundo, tocaban escenas vagas de la noche. Retenes policiales, registros ejecutados por jóvenes con las caras llenas de granos y largas armas de fuego, meadas en horas indeterminadas en el desierto donde, levantando nubes de polvo, sopla un viento caliente como el de un secador de pelo. Luego, los vendedores de hamacas de color turquesa, mosquitos del tamaño de una moneda en los apestosos lavabos de las cantinas, el orgullo espléndido del desierto como la suma de todo lo habido y por haber en *Terra Nostra*, el espasmo de un cráneo victorioso, como en las ilustraciones del maldito Leopoldo Méndez. El tercer rollo ya era completamente abstracto, y trataba anécdotas la mayoría insignificantes de la sangrienta historia de México, muertes impredecibles, pero completamente esperadas de personas, gallos, serpientes, perros y otros animales, evidentemente menos interesantes para el director de la película

Me instalé en un pequeño hotel familiar llamado Casa Carmen, o Casa Cristina, o quizá Casa Catarina, y desarrollé algunos tacos todavía calientes que había comprado en una taquería de enfrente envueltos en papel de aluminio. A mi alrededor, la ciudad latía como un pesado corazón de ternero. Las catedrales coloniales esparcían el barroco de peste y viruela, carteles rotos anunciaban trabajos mal pagados en el sector de la hostelería y servicios, los bares de salsa atraían a los clientes con el repiqueteo de la percusión y la luz de los focos, mientras los camareros hípsters tatuados de las chocolaterías caras derretían lentamente tabletas de cacao puro. A medida que se acercaba la noche, las calles aledañas a la plaza central resonaban cada vez más fuerte, y el propio Zócalo comenzó su vida real. Como en un caleidoscopio con forma de sordina, un caleidoscopio insertado en el pabellón de una trompeta apocalíptica, se derramaban por los adoquines todo tipo de animadores, tragafuegos y malabaristas borrachos, toda una avalancha de grupos de mariachis y parejas de ancianos bailando salsa a la sombra de tableros de ajedrez y sobre todos los neones, los neones infinitos reflejados en el cielo de nubes escasas y bajas.

Pa' todo mal ... mezcal y pa' todo bien ... también! ponía sobre la barra de una taberna junto al Mercado La Cosecha, y decidí tomar eso como lema; para disecar mi vigilia desde dentro y

clavarla con un alfiler, como un insecto raro, en un corcho acolchado. Después de una serie de bares llenos de una clientela similar de intenciones muy similares, ya de camino a casa, a Casa Carmen o Cristina o, posiblemente, Catarina, —había topado con una Comala perdida, con una Nueva Babilonia. En el interior, en la penumbra, sonaba una rumba pegajosa. Parejas de gais se acurrucaban sobre la temblorosa llama de la vela, los invitados pedían cócteles de nombres como Oaxacan Slushie, Marrakesh Express y Mezcal Paloma, y un gringo, que se parecía a un hombre al que hacía años que no veía, metía las manos debajo de las faldas de chicas algo bolingas. La chica del poncho demasiado grueso, posiblemente igual de borracha, escribía con pluma estilográfica en un cuaderno líneas y líneas de un texto ordenado. Pero sobre todo había, en el marco de la puerta y bebiendo Victorias tibias, tres poetas mexicanos melancólicos, poetas de pelo largo vestidos con tela vaquera azul, ya gorditos aunque todavía jóvenes, de cuyos bolsillos traseros y bolsos de cuero colgadas sobre sus hombros sobresalían libros ajados de tapa blanda; en fin, esa clase de tipos descarriados que no pueden ser más que melancólicos poetas mexicanos en plena noche de un sábado perdido en un archivo interminable de los sábados desperdiciados del mundo, y yo llegué a la conclusión de que solo es posible amarlos. Levanté mi copa e, inmediatamente, bajé la frente en la mesa sucia.

Neón, pensé. Solo el neón puede salvarnos, pensé y volví a olvidarlo al instante. Lo único que sabía era que todo era terrible, y que solo el recuerdo, que es lo más cercano y parecido a un sueño de todo lo habido y por haber, podía garantizar el significado de las palabras, una realidad intangible, secreta desde el desván de nuestra noche.

De la nada, al otro lado de una valla oxidada de planchas de acero soldadas, como una postal de otro mundo y de otro tiempo, llega un ensayo de un cuarteto de cuerda. Al cabo de unos minutos, la interpretación se interrumpe abruptamente cuando una voz advierte con una sola palabra, pero incontestable, a la viola; así, sin entonación ni signos de exclamación, pero con una dosis de refinada desesperación: *La viola*. La melodía, que en seguida vuelve a extenderse por resquicios invisibles es melancólica, pesada y dulce, posiblemente amarga en los bordes, como si se tratara de una pieza de bandoneón de Piazzolla o de una canción de Carlos Gardel arreglada de nuevo para un filme otoñal de Bergman. Todo esto, la entera imagen sonora flotante, pertenece en origen a una calle estrecha y remota cerca del mercado de verduras de Oaxaca, a tres días en coche del estado federal homónimo. Ahora, sin motivo aparente, resuena en mi oído interno mientras descendo por las escaleras de la línea B del metro de Morelos, las escaleras que conducen directamente al polvoriento corazón de Colonia Morelos, “pobre desde tiempos de los aztecas”.

El estrépito ensordecedor de la avenida del Congreso de la Unión, mezclado con un hip-hop duro cuyo texto no alcanzo a entender reemplazó a mi miniatura de cuerda rescatada. Bajo el brazo traía el hambre y los días acumulados en la pesadilla del Distrito Federal, donde en seguida me había sumergido en el cansancio. Como todo el mundo, llevaba en mi seno el virus de la muerte, mientras le buscaba un diagnóstico laico, un antídoto y un santuario. Soñaba, sobre todo despierto, sobre la marcha, porque el sueño era una pérdida de tiempo precioso, que se depositaba en calendarios olvidados y tachados, como en el último gráfico de temperatura, cuya transcripción se interrumpe abrupta e irrevocablemente.

La explanada frente a la estación estaba llena de vendedores de frutas y artículos para el hogar. Al otro lado de la carretera, sus paradas, pintadas con enormes y naifs retratos a grafito de políticos, artistas y deportistas, se perdían en la avalancha de mercadillos, y sobre cartón, nailon o en el asfalto meado entre las paradas se sentaba, yacía o tambaleaba una multitud de borrachos, drogadictos y locos. Eran las seis de la tarde y el crepúsculo rodaba lentamente bajo las plantas de los pies, figuras temblorosas escondidas a la sombra de gorras y sombreros grasientos gritaban *¡Hola, gringo!*, o ladraban algo incomprensible. No respondí. Con la mirada fija en los ojos de Nelson Mandela y luego en los del luchador Alejandro Muñoz Moreno, más conocido como el Demonio Azul, compré cuatro naranjas y empujé la cerca del complejo de departamentos de ladrillo rojo, protegido con vidrios triturados y concertinas de alambre. En una esquina del patio, una anciana asaba casquería de res. Las luces de colores que se habían quedado puestas desde la última Navidad se encendían y se apagaban en un *staccato* mortal e histérico de una orquesta que solo ellas conocían, repartidas sobre un lecho de flores también multicolores, que recordaban a los tulipanes. Compré más jabón, una botella de agua y cerveza a un escurridizo tipo en camiseta

interior que había en el hueco de la escalera, y luego cerré el pestillo de la puerta con el ¡Viva AMLO! con los colores de la bandera mexicana. El acrónimo de Andrés Manuel López Obrador brilló por un momento como la primavera y la promesa de futuro, mientras el olor a carne quemada se arrastraba por la avenida, seductoramente, arruinando los planes de transeúntes y perros.

*

Durante el día, cuando la penetrante blancura de la luz las descompone, algunas cosas se ven realmente diferentes, más fáciles, vivas de una manera peculiar, antes escondidas por la pátina de oscuridad y rumoreadas, como si dicha luz tradujera un escenario fatalista en películas mucho más optimistas. Sin embargo, la imagen de la miseria permanece inalterada.

En una cacofonía compuesta por el vuelo campanas del mediodía, los gritos de los vendedores ambulantes, el cacareo de los gallos y el hipo de la avenida del Trabajo mojado en una taza de café filtrado, mientras por todas partes azota el tifón del mercado de Tepito. Todo lo que una aspiradora tan divina podría levantar y volver a depositar sin orden en el mismo lugar y ponerlo a la venta existe aquí, donde la paradoja de la omnipotencia se ve diferente: ¿puede Dios comprar algo que él mismo ha decidido que no esté a la venta? Ese déspota que existe tanto como la raya del pelo de Donald Trump, un defecto que se atestigua mejor por la avalancha de sus supuestas pistas. Las coronas de plástico se balancean a la altura de los ojos. Las vitrinas de tacos brillan a merced de las vírgenes de neón. Los perros silenciosos de la santería duermen bajo los mostradores.

J. y yo nos arrastramos por las calles ardientes, esperando que J. se una a nosotros, pateamos las latas y escupimos al suelo para sentir la resistencia de nuestros propios cuerpos, intentando dar la impresión de ser muchachos firmes y despreocupados; elegimos a la gente que nos mirará fijamente, aunque sabemos que no tenemos ninguna posibilidad. Las calles perpendiculares a la avenida Rada parecen rayas blancas cuidadosamente pintadas. Hasta que no metas la nariz en uno de ellas, es imposible saber cuál es de harina y cuál esconde *speedball* y veneno para ratas. J. es bioquímico y yo mismo soy propenso a la química: en lugar del alboroto de los niños que juegan a la pelota y el silencio de los viejos jugando a las cartas a la sombra de los cipreses mexicanos, nos desviamos una calle sin nombre de disolventes, pegamento, crack, heroína y alcohol barato, donde la mañana parece un eclipse al mediodía. Hacemos como si no fuera con nosotros. Desciframos grafitis sobre poesía, libertad y sodomitas (posiblemente hay un error de traducción) en un muro a punto de caer, mientras dos tipos tatuados, buenos conocedores del español (posiblemente los autores del texto) se levantan del colchón humeante y avanzan hacia

nosotros. Uno de los traductores se llama Jorge, como Borges, y el otro José, como Lezama Lima. Aunque en este pasaje, obviamente, todos los personajes tienen las mismas iniciales, lo que podría dar lugar a un juego de identidades potencialmente interesante, seguimos optando por el relato convencional y nos apresuramos a casa sin esperar el final del verso para comprobar si por fin se ha despertado J.

Pero es imposible escapar de la muerte. Giramos jadeando en la primera esquina, desde donde ya se ve el hormigón pintado, como corresponde, con espray de la línea B. Un mural con el rostro enmascarado de Rodolfo Guzmán Huerta, en un mano a mano celebrado como El Santo, que crece rápidamente ante nuestros ojos en un momento en el que el camino está bloqueado por un enorme sarcófago de vidrio, un altar y la casa de Nuestra Señora de la Santa Muerte. Velas, flores de plástico, farolillos, rosarios e iconos dan nueva vida al amarillo quebradizo de los huesos, a los dientes del cráneo que parecen gruñir: ojo, ojo. El velo tiembla bajo el ruido de las pisadas. Las palomas cagan en el cristal. Es bastante raro e incomprensible, pero nadie, ni vivo ni muerto —en este pasaje, ni en todo Comala— se llama Pedro esta noche.

*

J. & J. y yo nos sentamos bajo el cartel luminoso del hotel Hidalgo, en el borde exterior de un suave desierto de aburrimiento, mientras repelamos huesos. Las ardientes letras de neón se entrelazan y se mezclan con el rojo del cielo del este, reflejo de una vieja revolución de hace cien años que, entendida como principio activo, aún arde sobre el *art nouveau* porfiriano del Palacio Postal, sobre sus relucientes escaleras escherianas y sobre la cúpula alada del Palacio de Bellas Artes. El saxofonista de la esquina recuerda al joven Garry Mulligan; es decir, a alguien que se tragó entero a Mulligan, que ahora sopla desde el fondo de un útero enorme y oscuro, como si fuera una tumba o el cuerpo de una ballena. Los pájaros que vuelan por encima de la cúpula son increíblemente parecidos a las golondrinas.

Soñé que J. era el personaje de *Quiero la cabeza de Alfredo García* de Sam Peckinpah, pero como en la versión final de la película, como en el resto del guion en sí, no existe en absoluto. En el sueño, J. estaba implicado en una conspiración entre un villano conocido como el Jefe y Teresa, su hija, y la cabeza que, como la del Bautista, iba a aparecer desnuda en bandeja de plata era la mía. Hay sueños mejores y peores que nosotros, pero la mayoría de la gente parece estar atrapada para siempre en su peor pesadilla. Proust escribe que amamos solo lo que no poseemos por completo, pero mi cabeza se resistía a esta lógica indulgente: insistía en quedarse como condición previa de ese amor total. Esta mañana, al despertar, no pude decir con certeza cuál de los dos J era.

Les dije esto mientras pasábamos de los huesos al maíz cocido. Entre los dos no fueron capaces de decidir cuál se ajustaría más al papel, y también hicieron una serie de objeciones (la mayoría justificadas) dado el contexto del pensamiento de Proust y la forma en que fue soñado el final. Para entonces ya estábamos subiendo en dirección a la plaza Garibaldi por la calle Ignacio Allende y pensando en sustituir los elotes por pulque o cerveza. México, de hecho, parecía una tierra de metamorfosis esa noche.

En la plaza Garibaldi, algunos grupos de mariachis tocan sus corridos, mientras otros, preparándose para contribuir a la cacofonía general, afinan los instrumentos o se tumban bajo los árboles, procurando no ensuciarse de polvo ni arrugar sus uniformes semejantes a acordeones de botones. Los helados se derretían aceleradamente en las manos de los niños, mientras los vagabundos y alcohólicos estaban tumbadas sobre cartones grasientos en las aceras. J. & J. y yo abrimos latas de cerveza. Se oyó un siseo familiar y reconfortante, como si algo estuviera hirviendo en el fondo de la lata. Un minuto después, dos policías especiales, equipados con gases lacrimógenos y largas porras, ya se habían ofrecido amablemente a privarnos de la libertad durante treinta y seis horas, o a desvalijarnos con una cuantiosa multa por beber alcohol en un espacio público. Iniciamos las negociaciones. Los funcionarios —posiblemente Juan y Jesús— negociaron según la técnica de la esfinge: parecíamos, olíamos y sobre todo hablábamos como un fiable cajero automático europeo. Mientras llevaba un fajo de pesos al patio trasero del bar Salón Tenampa por la cantidad pactada de noventa dólares por los tres, pensé en la cabeza que alguna vez perteneció a Trotsky. En un conocido incidente ocurrido en el verano de 1940, en una casa pintada de rojo a media hora de distancia en metro, esa cabeza, a causa de una péfida reacción política y de la punta afilada de un piolet, por desgracia no logró mantenerse íntegra. Visto así, ahora, en un estado muy similar a lo que podría considerarse de vigilia, sigo creyendo que Proust tenía razón.

Corrimos al bar sin nombre para tomar la cerveza más cara de nuestras vidas, cuya oferta era definitiva, agradeciendo a los carceleros del estado de México y las fuerzas del orden mexicanas su ausencia al menos temporal. La victoria parecía lejana y el enemigo intocable, pero sabíamos que no podía ser así.

*

Dos días después, en la pulquería Pakaly, cuya salida trasera durante el solsticio de verano está indicada por la punta misma de la sombra de la antena del tejado de la Torre Latinoamericana, planeábamos, a media voz y a veces casi en susurros, una marcha sobre Coyoacán. Allí, además de la célebre Casa Azul de la pareja Kahlo / Rivera, se encuentra la ya mencionada Casa Roja, en la que

el cerdo Mercader de Stalin, con un impreciso movimiento del brazo, abrió un enorme boquete en la nuca de León Trotsky, mientras la sangre que brotaba a una velocidad increíble sobre los azulejos blancos dibujaba un mapa completamente abstracto del mundo libre, un mapa fluido del color de las cerezas podridas. Se suponía que nuestro guía era el joven poeta y comerciante viajero Roberto, así que durante horas habíamos preparado los detalles de la visita, estudiando meticulosamente, entre otras cosas, los murales de Rivera del patio del Palacio Nacional. Prestamos especial atención a la monumental *Historia de México*, que, según algunas de las interpretaciones más oscuras del cabalismo trotskista, aunque se terminó cinco años antes del desgraciado suceso, supuestamente se refería a una serie de posibles ejecutores. La lista también incluía al asesino fallido, Joseph Grigulevich, embajador de Stalin en Yugoslavia, quien, debido a la paranoia y las vicisitudes de la Guerra Fría, también tenía la misión de matar a Tito.

Las paredes de Pakaly estaban cubiertas de fotografías enmarcadas de héroes de la lucha libre mexicana, sobre todo del Demonio Azul, el Santo, el Hombre de las Mil Máscaras y Gory Guerrero. También había pintadas aquí y allá, parientes humanos y animales de la Calavera Catrina, hijastra del grabador demoníaco José Guadalupe Posada, así como decenas de calaveritas de azúcar multicolores grandes y pequeñas. Borrachos gordos con escote en el trasero y punks con la nariz perforada levantaron la vista perezosamente cuando entró Roberto, vestido impecablemente. R. es uno de los miembros más jóvenes del núcleo de la organización conocida como Círculo de Poesía, la cual podría calificarse, para resumir y, de hecho, de manera bastante precisa, como cártel poético. El Círculo aglutina una editorial de poesía, un festival de poesía, una revista literaria y una tertulia, además de una red de distribución (esta sección, que recorre los pueblos y aldeas de México con su camioneta pintada con el símbolo de la asociación, es la que dirige Roberto soberanamente). Nos detenemos frente al Centro José Martí para recoger un paquete, y cruzamos el caos circulatorio durante una hora en dirección a un antiguo satélite colonial, devorado hace tiempo por la ávida bestia de la ciudad. Roberto habla del silencio, de la violencia y de los otros cárteles, de la noche mexicana más larga cuyo fondo parece el fondo de una bañera, en cuyo torbellino nuestras vidas ahora giran y se arremolinan como una bola de pelos umbilicales. El nombre Andrés Manuel López Obrador ha representado recientemente la esperanza en su vocabulario personal. La esperanza es un producto codiciado y ese libro es uno de los más vendidos del país, actualmente.

No muy lejos de la plaza central y del mercado comemos pizza con langostas, con cierto placer e inquietud derrochadora, y hablamos de palabras que tejen el contenido invisible pero omnipresente del mundo, un relleno misterioso que le da al mundo un sabor de imprevisibilidad y aventura, haciéndolo parecer un pavo sin cabeza en un día de fiesta. Al mismo tiempo, este tejido

sutil representa su cuna, su camisa y su mortaja, pero en el sentido de la fábula del vestido nuevo: el mundo emperador está desnudo ante nuestros ojos todo el tiempo. Incluso cuando lo atrapan por casualidad, necesita girar el cuello en seguida, porque de lo contrario se nos escabullirá tan suave y grasiento como un luchador se escapa de otro, o como un cerdo inesperadamente burla a un hombre antes de la matanza. Hablamos, en códigos profundamente quebrados, de Benedetti, de Vallejo, de Paz cuando es absolutamente necesario, de vallas y máscaras; del frío y distante planeta Pizarnik. Nos sentamos a la espera de que pase algo, buscando en silencio un suceso, algo que pueda hacer metástasis en un texto literario. Finalmente nos damos cuenta de nuestro error. La luz del crepúsculo cae sobre el terror del suceso, y esa luz tierna y suave se convierte en su termidor destructivo: el único suceso relevante y absolutamente necesario en un texto literario es el suceso de la literatura misma. Nos sentamos hasta que, desde las profundidades más oscuras de nuestra propia noche, la noche en la que *somos* nosotros mismos, se oye un coro inesperado e indescriptible: resuena el canto fúnebre de las langostas.

*

“¡Santiago de Chile es la ciudad más aburrida de América! Por lo menos de América Latina. Por lo menos para mí. Pero ¿de qué sirve la diversión de los otros, según el criterio cien por cien horrible de los demás?”, dice Renata, mientras comemos ceviche peruano y pulpo de origen desconocido en un restaurante sin nombre no muy lejano del bar hípster Bósforo. “En Guatemala, es peligroso. Tan pronto como se pone el sol, conduzco con una muñeca inflable en el asiento del pasajero para engañar a los asaltadores de caminos”, dice, “es peligroso, pero al menos uno no se muere de estúpido aburrimiento. Siempre que, por supuesto, te ataquen personas interesantes. A veces me sorprendo de las cosas que pienso”, dice y pide otra ronda de bebida. Mi amigo el poeta Francisco Nájera, un profesor salvaje que comenzó su carrera como trabajador manual en el Bronx en la primera mitad de la sesenta, después de abandonar temporalmente esas mismas calles, me contaba una historia parecida sobre las calles de la ciudad de Guatemala. Hablaba un poco de inglés, un poco de español, en una fuga de lenguaje impecablemente fluida, y ante mis ojos creció la sombra de una ciudad arrasada. Esta historia, sin embargo, no habla de Chile, ni de Guatemala, aunque es imposible separarla por completo de ambos países.

Conocí a Renata a más de diez mil millas de aquí, en un momento en que ella trabajaba para una inusual agencia semisecreta cuyos trabajos nunca me quedaron del todo claros. Ahora está estudiando en otra ciudad lejana y aburrida donde vive, aunque podría tratarse de solo una tapadera. Pensaba en esto cuando ya hacía rato que nos habíamos trasladado al Bósforo, un bar alargado con un inodoro iluminado por una luz tenue y cúbica que se propagaba como una niebla

perezosa desde las lámparas bajas. En esa nube intrépida, como en todo México, los visitantes parecían vivos y completamente muertos a la vez. De repente pensé que era muy posible que, sin saberlo, con los ojos cerrados pero el corazón abierto, de alguna manera lograra llegar a Comala.

De esa dulce ilusión, de repente me sacó el sonido de una lengua muy familiar. En medio de la polifonía, que ahora no actuaba como una fuga, sino como un órgano perdido en la oscuridad del mundo, cuyo *cantus firmus* silencioso, pero claramente acompañante, surgió el susurro de un coro de gallinas sacrificadas, esparcidas por la estrecha habitación. En la mesa de al lado había siete personas procedentes de Yugoslavia, desde Niš pasando por Metković hasta Drniš, para asistir a la boda de un amigo y de paso visitar el imperio azteca. ¿Acaso nuestras costumbres, nuestros reinos, nuestras iglesias, nuestras guerras e incendios y nuestros sacrificios son diferentes de los de los aztecas, cuya crueldad inscrita en piedra buscamos, para que no nos impregne el espíritu silencioso del miedo y al mismo tiempo seamos unidos con la dulce imagen residual del progreso? Pienso esto mientras bajamos rondas de tequila y mezcal, bebidas que esencialmente no son diferentes de la rakia. Las mismas pitas, de cuya médula fermenta este aguardiente sagrado, cubren las laderas de Vis, en un mapa de una isla indistinguible más grande que yo, una isla que se hincha en mi memoria como un hígado inflamado, donde conocí a Renata por segunda vez.

Después deambulamos durante días por las calles de la colonia Doctores, esperando que suceda algo bajo las ventanas remachadas y las paredes sin yeso que nos hiera, pero no nos mate; las calles del sur y el norte de Roma, cuyas desvaídas villas están resurgiendo llenas de gente guapa y dinero nuevo, inmersas en el verdor limpio pero accidentado de las largas avenidas; las calles lentas de Condesa —en recuerdo perdurable de la condesa María Magdalena Dávalos de Bracamontes y Orozco—, que corren paralelas a nuestras vidas cargando la engañosa semilla del dolor, semilla que muy posiblemente será arrasada y quemada en la primera esquina. Rompiendo el eslabón lento a través de los ríos de los vivos y los muertos al mismo tiempo, durante días nos negamos a notar la piedra con la que tropiezo todo el tiempo, la piedra tallada en el monumento; disuelto en las pesadas páginas del libro, resistentes al viento.

Y estaba parado frente a un libro, en una edición en papel delgada y gruesa como una Biblia, solo que por supuesto mucho más grande, porque esta vez era un libro sobre la realidad, sobre la vida y la muerte al mismo tiempo, sobre el aquí y el ahora, y el antes y el quién sabe cuándo en un mismo cuerpo pasajero, la carne sin dioses sobre la que oscurece continuamente. Me paré frente a ese Pedro Páramo boquiabierto, plantado cerca de la avenida Hidalgo, como si fuera un monumento a mí mismo, pensando en una casa que no existe, en una casa lejana que desaparece y regresa inesperadamente, como el ruido sordo de un tren de carga. Podía sentir todo México a mi

alrededor palpitando como una muesca enorme y reseca, preguntándome de dónde y desde qué punto podría nacer aquí alguna vez.